

LENGUAJE SEXISTA

Educar implica dar palabras a los niños y a las niñas que les permitan entender y actuar en este mundo; es decir, tener **un lenguaje con el que interpretar, comunicar, expresar, crear**. Cuando estas palabras son capaces de “tocar la realidad”, es decir, se ajustan con flexibilidad y delicadeza a aquello que se quiere describir, entonces un mundo nuevo se abre ante sus ojos.

La manera en la que en muchas ocasiones se utiliza el lenguaje oculta o minimiza las aportaciones de las mujeres y las niñas en la construcción de este mundo, así como su experiencia, sus avances, sus esperanzas o sus dificultades.

Ello requiere un lenguaje sexuado que les permita, a unas y a otros, hablar de sus propias necesidades y deseos y sentir que ambos sexos tienen en este mundo representación simbólica.

Que el lenguaje sea simbólico quiere decir que tiene capacidad para **dar significado a la realidad** que vemos y sentimos. También quiere decir que a través de diversos signos y símbolos (palabras, imágenes, etc.) podemos conocer e imaginar una realidad que no tenemos presente; todo depende de nuestra capacidad de interpretar esos símbolos y de mirar lo que hay a través de ellos.

Por ello, es importante dejar sin sentido a ese simbólico que identifica a las mujeres exclusivamente con la belleza y a los hombres con la valentía y la agresividad. **Se trata de que el lenguaje nos ayude a concebir, nombrar e imaginar formas diferentes de ser hombre y de ser mujer.**

Hay una forma de utilizar el lenguaje, todavía la más extendida, en la que se considera que muchas palabras dichas en masculino son “genéricas”, o sea, son capaces de hacer referencia a ambos sexos.

Es lo que ocurre, por ejemplo, con la palabra “niños” cuando la utilizamos de la siguiente manera: “Los niños de esta clase sacan muy buenas notas”; es posible que tanto quien habla como quien escucha, entiendan que se está hablando de ambos sexos y que los niños y las niñas de la clase sacan buenas notas. Sin embargo, si decimos “los niños de esta clase juegan muy bien al fútbol” es posible que tanto quien habla como quien escucha entienda que quienes juegan bien son los varones y ni siquiera se pregunten por cómo juegan las niñas. Del mismo modo, si decimos “a los niños de esta clase les gusta mucho vestir de rosa” es posible que quien habla y quien escucha tengan un momento de confusión y necesiten ponerse de acuerdo acerca de a quién se refieren realmente, lo que les lleve probablemente a rectificar y decir algo así como: “a las niñas de esta clase les gusta vestir de rosa, y a algunos niños también; otros en cambio prefieren el verde”.

Utilizar el masculino como si fuera genérico crea problemas y confusiones de este estilo, de forma que, en más de una ocasión, una mujer no sabe realmente si está incluida o no en el relato.

Hablar en masculino y en femenino, nombrando a ambos sexos, supone utilizar con mayor precisión el lenguaje, expresando con mayor propiedad las necesidades, gustos, inquietudes, de mujeres y de hombres.

El hecho de que el lenguaje se use de forma androcéntrica, es decir, dando por supuesto que el hombre es el referente de toda experiencia, tiene dos **consecuencias** fundamentales: **equiparar lo masculino a lo universal e invisibilizar a las mujeres.**

Esto quiere decir que cuando incluimos a las mujeres dentro de un masculino pretendido como genérico, estamos considerando que su existencia simbólica depende de la existencia masculina, como si no existieran por sí mismas, como si no existiera la diferencia sexual. Y, como ya lo hemos dicho, cuando excluimos a las mujeres del lenguaje las excluimos también de nuestra representación mental.

Algunos **usos sexistas del lenguaje** son los siguientes:

- **Situaciones en las que se discrimina a las mujeres a través de los usos lingüísticos o cuando se las asimila a objetos o animales.**
- **Cuando no se las nombra.**
- **Cuando se pretende englobar con el masculino a todas las personas.**
- **Cuando se pretende describir la realidad sólo a través del masculino.**
- **Cuando transmitimos estereotipos y prejuicios sexistas.**

Ante esta pregunta nos encontramos con diversas respuestas. Hay quienes aluden a la economía del lenguaje, a la farragosidad de los textos y al hecho de considerar que resulta repetitivo hablar en masculino y en femenino. Frente a estos argumentos, algunas autoras y autores plantean éstos otros:

1. El masculino es masculino. Decir que el masculino engloba al femenino es ocultar e **invisibilizar** a las mujeres y continuamente produce confusiones y ambigüedades.
2. Nombrar en masculino y femenino no tiene que ver con la economía del lenguaje, puesto que no es reiterativo. Cuando hablamos de hombres y mujeres hablamos de cosas distintas. **Soledad de Andrés** en un artículo titulado “Sexismo y lenguaje”¹, argumenta que desde los orígenes de nuestra lengua ha quedado reflejado como se han nombrado a ambos sexos cuando quien escribe ha sentido la necesidad de expresarlo de esa manera y pone como ejemplo un fragmento del Cantar del Mio Cid donde se diferencia entre “mugieres e uarones, burgeses e burguesas” cuando narra la entrada del Cid en Burgos.
3. Es cierto que algunas palabras, cuando se expresan generalmente en masculino, al pasarlas al femenino por primera vez, pueden sonar raras a alguien por la novedad o por su desconocimiento de los géneros gramaticales; igual ocurre en el caso contrario o cuando en nuestro vocabulario se introducen palabras inglesas o provenientes de otros idiomas; sin embargo su uso las va **normalizando**.

Influencia del uso del lenguaje y los estilos comunicativos en la autoestima y la formación de la identidad personal.

Mercedes Bengoechea dice que “no hacemos participar a los chicos en temas “femeninos” por miedo a su reacción (sarcástica, de autoafirmación). Las mujeres sin embargo participan en todos los temas, sean o no “suyos”, si bien más atendiendo que interviniendo para hablar y opinar. Las niñas hablan entre sí, en privado, pero se vuelven más silenciosas en público... Los estudios sobre lo que ocurre en el aula en Occidente demuestran inequívocamente que el profesorado elige temas que motiven el interés de los chicos; el profesorado dedica más atención a los chicos, quienes además la demandan y la acaparan”.

Por ello propone algunas **actuaciones** para aplicar en contextos educativos que ayuden a contrarrestar las anteriores circunstancias:

- Crear contextos en los que las niñas participen públicamente.
- Debatir en grupos pequeños antes de pasar a debatir los temas en grupos numerosos.
- Usar el nombre de pila y los pronombres tú y yo con todo el alumnado.
- Impedir el abuso verbal y el insulto sexista.
- Cambiar nuestra perspectiva: aceptar a las niñas en sus términos.

Enseñar a los **niños**:

- A no autoafirmarse constantemente.
- A escuchar con empatía
- A considerar las aportaciones ajenas
- A hacer preguntas para que la conversación progrese, no para lucirse individualmente.
- Acercarse al profesor o profesora de forma individual.
- A desvelar los propios sentimientos.
- A participar en temas femeninos y conocer la “otra” cultura.
- A respetar la cultura verbal femenina en sus propios términos.

Enseñar a las **niñas**:

- A desenvolverse verbalmente en público, pero en su propio estilo.
- A debatir, sin que las opiniones ajenas afecten de forma personal.
- A hacer críticas y recibirlas.

Fuente: Influencia del uso del lenguaje y los estilos comunicativos en la autoestima y la formación de la identidad personal. Emakunde, Gobierno Vasco.